

S. Folgado Flórez

LA ORACION
CRISTIANA EN
SAN AGUSTIN

2º Edición

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003 SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA

ISBN 84-7656-132-6 • S.L. B 4137 89

Imprime Ediciones monte Casino

Tel. 980 53 16 07

49080 ZAMORA, 2000

INDICE

	Introducción	7
I.	Raíces de la plegaria cristiana	12
II.	Naturaleza de la oración.....	22
III.	Necesidad de la oración.....	32
IV.	El Espíritu Santo ora y gime en nosotros.....	47
V.	Cristo nuestra cabeza, mediador de la oración.....	54
VI.	La oración y las virtudes teologales	65
VII.	Actitud y disposiciones interiores: modos de orar.....	74
VIII.	La oración continua de la vida.....	95
IX.	El objeto de nuestras peticiones ...	110
X.	La oración perseverante.....	128
XI.	Eficacia de la oración	138
	Conclusión	155
	Bibliografía.....	160

INTRODUCCION

San Agustín ha sido llamado, no sin cierta hipérbole, «el padre de la plegaria cristiana». Con todo, la expresión es al menos indicativa de la importancia que el Santo ha tenido a la hora de concretar fórmulas y singularidades de la oración, poniendo de relieve los dos sentimientos básicos de donde emerge: el de la propia miseria reconocida y el de la confianza en Dios. Para San Agustín, el hombre es un ser indigente y desvalido, acrecentadas sus carencias naturales por el pecado que incide negativamente sobre las posibilidades con que fue dotada su voluntad para obrar la justicia. Ha de recurrir entonces a la misericordia divina, pues «por rico que sea uno en la tierra, siempre es mendigo de Dios» (*serm* 56,9).

A esta idea repetida una y otra vez por el Obispo de Hipona acompaña como elemento imprescindible de la oración la humildad. Todo cuanto el hombre es y tiene lo ha recibido de Dios. Y la oración no es otra cosa que asumir la conciencia de esa realidad, hecha suplica y práctica de vida, que se torna confesión humilde de

gratitud y se concreta en actos de alabanza y de petición. Suplica quien percibe su incapacidad para conseguir lo que necesita y le urge poseer para la realización de sus deseos. Consciente de su total dependencia, el hombre mendiga de Dios la verdad, la justicia, la quietud del espíritu y, en última instancia, a Dios mismo, origen y futuro del ser humano: su destino y felicidad. De ahí el grito doliente del alma: «Conózcate a ti, Conocedor mío, como soy conocido por ti» (*Conf X,1,1*). El reconocimiento de esa doble verdad, la grandeza de Dios y las indignidades del hombre, constituye el punto de partida de la larga oración de su vida que son *Las Confesiones*. Por eso quiere alabar a Dios de continuo, y a Él apela como posibilidad única de superarse a sí mismo, por encima de su modo limitado y frágil de pensar (*in Ps 130,12*).

También las razones supremas del vivir en cristiano, la gracia y sus efectos, imponen la necesidad irrenunciable de la oración. Lo que encarece todavía la urgencia de ponerse en actitud de súplica delante de Dios para que anime la debilidad de nuestros recursos y oriente el dinamismo de nuestras inquietudes. A este respecto escribe San Agustín: «Los enemigos de la gracia, hay que decirlo con lágrimas, pretenden persuadirnos que no es necesaria la oración para que no entremos en tentación. Quieren exaltar el libre albedrío de tal manera, que con él solo, sin contar con la

ayuda de la gracia de Dios, podamos cumplir sus mandatos. Se sigue de ello que en vano dijo el Señor: *Vigilad y orad para no caer en tentación* (Mt 26, 41). Si depende de nuestra facultad el no ser superados por la tentación, ¿por qué hemos de orar para no caer en ella?» (*de bono vid* 17,21).

Precisamente en virtud de la gracia que Cristo nos mereciera, habita Dios en nosotros como Padre y vivimos incorporados a su vida íntima. De donde se concluye que en el «hombre interior», es decir, en el templo del corazón humano se da una significativa unión entre Dios y el hombre. Puede, en consecuencia, el creyente entablar allí un trato familiar con Dios. A este tener a Dios infundido en el corazón, con quien conversa familiarmente el hombre, es lo que San Agustín llama oración (*in Ps* 4,2): la palabra que dirigimos al Señor en las profundidades del alma (*de Mag* 1,2).

* * *

Si la oración emerge para San Agustín de la conciencia que el hombre tiene de ser mendigo de Dios, si constituye además un capítulo determinante de su espiritualidad, tan sensible a los problemas de la gracia que nos pone en contacto directo con el Señor, y si define, por último, la más convencida vertiente de su pensamiento y de su vida, se comprende la multitud de textos con

que ha ido jalonando cada uno de sus escritos. De ahí la imposibilidad de recoger en una breve sinopsis el conjunto de alusiones a la oración que llenan las páginas de sus obras. Tampoco nuestro trabajo abriga tantas pretensiones. Nos interesa simplemente sistematizar una serie de textos, capaces de sugerir en su expresión original la magnitud de la doctrina agustiniana sobre el tema. Y, aunque el método adoptado adolezca de los inconvenientes de todo «enchiridion», tiene no obstante la ventaja de acercarnos al pensamiento del Obispo de Hipona sin las deformaciones inherentes a cualquier otro tipo de estudios.

A pesar de que San Agustín no lleva orden ninguno y el tono de las referencias depende en cada caso de las circunstancias particulares del discurso, ahora nos anticipa él mismo un resumen de lo que piensa y dice de la oración en la *Epístola* 130. Se trata claramente de un breve tratado sobre el particular. La carta está dirigida a Proba Faltonia, viuda de un alto personaje del Imperio. Proba consulta al Santo las dificultades que encuentra para comprender el sentido de las palabras del Apóstol «no sabemos lo que hemos de pedir según conviene» (*Rom* 8,26), temerosa de que la oración indebida le acarree males mayores. ¿Cómo debemos entonces orar y cuál es el objeto de nuestras peticiones? La respuesta de San Agustín es amplia e ilustrativa para todos, pues desarrolla los siguientes puntos: sentimien-

tos y disposición del alma orante (nn. 3-8), objeto de nuestras peticiones (nn. 9-14), manera de orar (nn. 15-24), solución al problema de la frase paulina, que inquietaba a la consultante (nn. 25-28).

* * *

Antes de cerrar esta introducción nos parece obligado hacer una última advertencia. Nuestro ensayo limita sus contenidos a la oración de petición, fundamentalmente. Las referencias a la *contemplatio* y otros aspectos discutidos entre los agustinólogos caen al margen del propósito que inspiró este trabajo. Por exigencias del guión, prescindimos también de los diferentes comentarios que San Agustín hace del «Padrenuestro», modelo y síntesis de la oración cristiana. Lo que no implica que, cuando así lo pida el esquema prefijado, dejemos de recoger los correspondientes textos de los mismos.

En otro orden de cosas, advertimos igualmente que, con el fin de facilitar a los lectores la verificación directa de los textos, copiamos casi siempre al pie de la letra la traducción española de las *Obras Completas de San Agustín*, publicadas por la «Biblioteca de Autores Cristianos» (BAC).

I. RAICES DE LA PLEGRIA CRISTIANA

De acuerdo con la Escritura el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. De tal modo determina esta realidad el ser del hombre que ni siquiera el pecado y las pasiones pueden destruir el sello divino, inscrito en el alma humana. Hecho para tener a Dios y adherirse a Él, el hombre está también necesitado de Dios. Se explica así la inquietud radical que persigue y acosa de continuo al hombre hasta que Dios mismo sea su descanso. Mientras no alcance esta su meta, se siente como extraño y peregrino en el mundo, lejos de la Patria. Y es Cristo quien con su vida nos marca la ruta a seguir, con sus enseñanzas nos alecciona ante las dificultades que pudieran equivocar nuestra dirección y al fin nos envía su Espíritu para recorrer el camino de sus preceptos. Por lo que la actitud del cristiano no puede ser otra que la del indigente, con hambre y sed de justicia, que mendiga de Dios su ayuda y el pan de su gracia.

El hombre imagen de Dios, la vida como peregrinaje y el hacerse el Unigénito del Padre camino

para nosotros constituyen las premisas sobre las que San Agustín fundamenta las razones últimas de la oración cristiana.

A imagen y semejanza de Dios

1. El verdadero honor del hombre consiste en ser imagen y semejanza de Dios, y sólo el que la imprimió puede custodiarla (*de Trin* XII,11,16).

2. Es necesario buscarla en el alma racional e intelectual del hombre, imagen del Creador, injertada en su inmortalidad inmortalmente (*de Trin* XIV,4,6).

3. Pues el hombre fue creado a imagen de Dios, no según su forma corpórea, sino por el alma racional; así lo declaran de consumo la razón verdadera y la autoridad del Apóstol. Pensamiento vano y grosero sería imaginar a Dios circunscrito y limitado por configuración de miembros corporales. ¿No nos dice el santo Apóstol:... *Despojaos del hombre viejo con sus actos, y vestid el nuevo, que se renueva en el conocimiento de Dios, según la imagen del que le crió?* (Col 3,9-10). Si nos renovamos en el espíritu de nuestra mente, el hombre nuevo se remoja en el conocimiento de Dios según la mente de su Creador; luego para nadie ofrece duda que el hombre

ha sido hecho a imagen del que le crió, pero no según el cuerpo o según una partecica cualquiera de su alma, sino según su mente racional, sede del conocimiento de Dios... La imagen de Dios permanece sólo en aquella parte del alma que se aplica a la contemplación de las razones eternas (*de Trin* XII,7,12).

4. Como esta imagen de Dios en el alma humana no está destruida por la mancha de los afectos terrenos hasta el punto de no haber quedado en ella algunos vestigios aunque lejanos y débiles..., es restaurada en el alma de los creyentes por el Nuevo Testamento, puesto que como había quedado en ella aquello por lo cual el alma humana no deja de ser una esencia racional, del mismo modo, también la ley de Dios no destruida del todo en el alma por la injusticia, es nuevamente impresa en ella al ser renovada por la gracia (*de spiritu et litt* 28,48).

5. Nos aproximamos o distanciamos de Dios no mediante intervalos espaciales, sino que nos aproximamos por la semejanza y nos alejamos por la disparidad (*de Trin* VII,6,12).

6. Siendo ello así, para esta naturaleza, creada con una superioridad tan clara que, aun siendo mudable, con unirse al bien inconmutable, al Dios sumo, logra la felicidad, y que sólo consigue

llenar el vacío de su indigencia cuando es feliz, y para serlo no le basta sino Dios, es vicio no adherirse a Él (*de civ. Dei* XII,1,3).

7. Porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti (*Conf* I,1,1).

8. Entonces la semejanza de Dios será perfecta en esta imagen, cuando haya lugar la visión intuitiva. De esta visión dice el apóstol Pablo: *Ahora veo en un espejo, como en enigmas; entonces cara a cara* (1 Cor 13,12)... Y esto se realizará en aquellos que se perfeccionan de día en día (*de Trin* XIV,17,23).

La vida presente es un peregrinaje

9. Que esta vida nuestra, hermanos amadísimos, es una cierta peregrinación alejados de la patria de los santos, la Jerusalén celeste, lo enseña clarísimamente el apóstol Pablo al decir: *Mientras estamos en el cuerpo somos peregrinos lejos del Señor* (2 Cor 5,6). Y como todo peregrino tiene una patria, pues nadie que carezca de ella es peregrino, debemos conocer cuál es la nuestra, adónde conviene que nos apresuremos a llegar, dejando de lado todos los placeres y deli-

cias de esta vida; adónde tendemos y único lugar donde nos es lícito descansar (*serm Mai 12,1*).

10. Todo hombre que aún no cree en Cristo no se halla ni siquiera en el camino: está extraviado, pues. También él busca la patria, pero no sabe por dónde ha de ir ni conoce dónde se halla. ¿Qué quiero decir al afirmar que busca la patria? Toda alma busca el descanso y la felicidad; nadie a quien se le pregunte si quiere ser feliz duda en responder afirmativamente; todo hombre grita que quiere serlo; pero los hombres ignoran por dónde se llega a esa felicidad y dónde se encuentra; por tanto, están extraviados. Nadie que no esté en marcha se encuentra extraviado; el extravío surge cuando se inicia la marcha y no se sabe por dónde hay que ir. El Señor te reconduce al camino; al hacernos fieles, creyentes en Cristo, no podemos decir que estamos ya en la patria, pero hemos comenzado ya a caminar por el camino (*serm Mai 12,2*).

11. En estas tinieblas de la vida presente, en las que peregrinamos lejos del Señor, mientras caminamos por la fe y no por la visión, debe el alma cristiana considerarse desolada, para que no cese de orar (*ep 130,2,5*).

12. Ahora vivimos sin duda envueltos en pobreza y así vigilamos (*serm 37,25*).

13. En todas las cosas de este mundo, tanto en las buenas como en las malas, aparece la tentación. Los bienes de este mundo halagan con el fin de engañar; los males amenazan con el fin de desalentar. En todos ellos se da la prueba, es decir, en todos los bienes y males de este mundo, de ahí que el cristiano no deba sentirse seguro. Por eso el cristiano debe decir y hacer aquello que acabamos de cantar: *Ten misericordia de mí, Señor; ten misericordia, porque en ti ha confiado mi alma* (Ps 56,2)... El alma de todo hombre que confía en Dios no se enaltece en los bienes ni se abate en los males. Sabe que las cosas de este mundo pasan como una sombra (*serm Lambot 24,1*).

Cristo se hace camino y sostén de nuestro caminar

14. Estando alejado de Dios el género humano y sumido en sus delitos, necesitábamos un Salvador para revivir, como habíamos necesitado un Creador para existir. La justicia de Dios condenó al hombre, y su misericordia le libera (*serm 43,1*).

15. Nosotros pudimos deformar en nosotros la imagen de Dios; reformarla no podemos (*serm 43,4*).

16. Nos habíamos extraviado, y siendo ciudadanos de Jerusalén nos hicimos ciudadanos de Babilonia, nos hicimos hijos de la confusión: Babilonia significa la confusión. Descendió aquí a buscar a sus ciudadanos y se hizo ciudadano nuestro. No conocíamos aquella ciudad, aquel país; y dado que no podíamos llegar allá, descendió él a sus ciudadanos y se hizo ciudadano, no compartiendo nuestro error, sino tomando nuestra ciudadanía. Bajó hasta aquí. ¿Cómo bajó hasta aquí? En forma de siervo. El mismo Dios hecho hombre deambuló entre nosotros... Bajó aquí nuestro ciudadano y dijo: «¿Qué hacéis aquí, ciudadanos de Jerusalén? La imagen y la semejanza de Dios no se colocan en esta vida. Esforcémosnos, volvamos. ¿Por dónde volveremos? He aquí que yo mismo me tiendo debajo de vosotros, me hago camino para vosotros y seré vuestro fin. Imitadme» (*sermo Denis 20.9*).

17. Dios envió a su Hijo unigénito, el hombre Cristo Jesús, para que cuantos creen en Él... viviesen en la fe, en la esperanza y en la caridad, peregrinando por este mundo en medio de difíciles y peligrosas pruebas, pero sostenidos por las consolaciones materiales y espirituales que Dios concede, caminasen hacia la visión beatífica, perseverando en el camino que Cristo ha hecho de sí mismo para los hombres (*in Ioan 124,5*).

18. Para eso prometió el Señor el Espíritu Paráclito de la verdad. Como lo prometió, así lo envió, para que quien lo haya recibido, no sea esclavo de los placeres temporales, sino que, haciéndose señor del cuerpo y siervo del Creador, se dirija al camino de los preceptos de Dios. No vacilen sus pies, ni sus ojos pestañeen, sino avance con la atención de la fe para llegar a aquello que ahora *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni ascendió del hombre* (1 Cor 2,9). Lo creemos antes de verlo, para que cuando llegue, no sea confundido quien creyó. Prosiga, pues, caminando en la fe, esperando lo que aún no posee, creyendo lo que aún no ve, amando a quien todavía no está adherido. Ese ejercicio del alma en la fe, la esperanza y caridad, le hará idóneo para recibir lo que vendrá (*serm 4,1*).

19. Poseemos las primicias del Espíritu, y tal vez, por otra parte, nos acercamos también a quien amamos, y lo que con gran avidez hemos de comer y beber, lo probamos y gustamos ya ahora, aunque en pequeña medida... ¿Qué es lo que amamos? El bien inefable, el bien benefactor, el bien creador de todos los bienes. Que te deleite Aquél de quien recibes cualquier cosa que te causa satisfacción. No hablo del pecado, pues es lo único que no recibes de Él. Exceptuando el pecado, cualquier otra cosa que tengas de Él la recibes (*serm 21,2*).

El cristiano, mendigo de Dios

20. Si quieres entonces poseer la justicia, sé mendigo de Dios, quien poco ha, mediante las palabras del Evangelio, te exhortaba a que pidieras, buscaras, llamaras. El sabía que eras su mendigo, y como padre de familia enormemente rico en riquezas espirituales y eternas, te exhorta y te dice: pide, busca, llama. *Quien pide recibe, el que busca encuentra, a quien llama se le abre* (Mt 7,8). Te exhorta a que pidas; ¿va a negarte lo que pides? (*serm 61,4,4*).

21. ¿A quién, quiénes o qué pedimos? Pedimos al Dios bueno; pedimos nosotros, hombres malos; pedimos, sin embargo, la justicia que nos hará buenos. Pedimos, pues, algo que poseer eternamente, algo de que no volveremos a sentir necesidad una vez que hayamos sido saciados. Mas, para llegar a esta saciedad, sintamos hambre y sed; sintiendo hambre y sed, pidamos, busquemos, llamemos. *Dichosos quienes tienen hambre y sed de justicia* (Mt 5,6). ¿Por qué dichosos? Tienen hambre y sed, y ¿son dichosos? ¿Fue alguna vez la penuria fuente de dicha? No son dichosos porque sienten hambre y sed, sino *porque serán saciados* (*ibid*). La dicha se hallará en la saciedad, no en el hambre. Preceda, pues, el hambre a la saciedad, no sea que el cansancio de

placer sea causa para no acercarse a los panes (*serm* 61,6,7).

22. Tengas lo que tengas, tú que tanto tienes, ¿no eres mendigo de Dios? Cuando llegue la hora de la oración, te lo demostraré. Allí pides. ¿Cómo pides, si no eres pobre? Digo más: pides pan; o ¿es que no vas a decir: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy?* (Mt 6,11) (*serm* 123,5).

23. Pues cuando oramos, somos todos mendigos de Dios; estamos en pie a la puerta del padre de familia; más aún, nos postramos y gemimos suplicantes, queriendo recibir algo, y este algo es Dios mismo (*serm* 83,2).

II. NATURALEZA DE LA ORACION

Entre los tratadistas de la espiritualidad cristiana es célebre la definición dada por San Agustín: «Tu oración es tu conversación con Dios». El hombre puede de hecho tratar familiarmente y entablar un diálogo amistoso con Dios, que se difunde en nuestros corazones y los ensancha para que hablemos interiormente con Él. Para ello se requiere un primer acto de renuncia; un sentirse el alma orante a solas con su silencio interior, alejada y distante de todo lo sensible. La oración es el grito que brota del corazón y clama con el afecto sin distraerse en cosa alguna. Para hablar con Dios hay que entrar en el aposento del alma. Le invocamos cuando le llamamos en el santuario de nuestra mente, la cual crea su propio silencio y puede convertir la conciencia en templo de Dios, donde se le adora en justicia y en verdad. La oración, por consiguiente, no es un discurso exterior, articulado en palabras y frases sonoras. Es una experiencia interior, que consigue mayores efectos cuanto más y mejor responde a su naturaleza espiritual.

El proceso que caracteriza el signo definitorio de la oración cristiana es éste: sentimiento íntimo de desolación y desapego de las realidades mundanas, aposentarse en el santuario de la conciencia convertida en templo de Dios, escuchar y hablar al Señor desde lo profundo del alma, el corazón, centro de la vida espiritual del creyente.

La oración es un trato con Dios

24. Tu oración es una conversación con Dios. Cuando lees, Dios te habla a ti; cuando tú oras, hablas con Dios (*in Ps 85,7*).

25. Vigilemos, pues, y oremos; celebremos con devoción externa e interna esta vigilia (de Pascua). Háblenos Dios en sus lecturas y hablemos nosotros a Dios con nuestras plegarias. Si escuchamos en actitud obediente al que nos habla, en nosotros habita Aquél a quien dirigimos nuestra oración (*serm 119*).

26. Invocas a Dios cuando en ti llamas a Dios. Esto es invocarle; llamarle en ti, invitarle invitarle de algún modo a que entre en tu corazón (*in Ps 30, s.3,4*).

Siempre ha de clamarse con el corazón

27. *Te ensalzaré, Señor, con todo el corazón, porque oíste las palabras de mi boca (Ps 137,1).* ¿De qué boca mía? de la de mi corazón, pues allí poseemos la voz que Dios oye, y que de ningún modo percibe el oído humano. Gritaban, sin duda, los que acusaban a Susana y no elevaban los ojos al cielo; ella, por el contrario, callaba, pero clamaba en su corazón, por lo cual ella mereció ser oída y ellos ser castigados. Existe una boca interior; allí rogamos y por ella rogamos y, si preparamos alojamiento o casa al Señor, allí hablamos y allí somos oídos, pues no está situado lejos de cada uno de nosotros. Aquél en quien vivimos, nos movemos, y somos (*in Ps 137,2*).

28. Nadie dudará que es vano el clamor que se eleva a Dios por los que oran si se ejecuta por el sonido de la voz corporal sin estar elevado el corazón a Dios. Si tiene lugar en el corazón, aunque permanezca en silencio la voz corporal, puede estar oculto a los hombres, no a Dios. Cuando oramos a Dios, ya con la boca, cuando sea necesario, ya en silencio, siempre ha de clamarse con el corazón. El clamor del corazón es un pensamiento vehemente que, cuando se da en la oración, expresa el gran afecto del que ora y pide, de suerte que no desconfía de conseguir lo que pide. Se clama con todo el corazón cuando no se dis-

trae en alguna otra cosa (*in Ps 118, s. 29,1*).

29. ¡Cuántos gritan con la boca y son mudos de corazón! y, por el contrario, ¡cuántos enmudecen en los labios y claman con el afecto! El oído de Dios se inclina al corazón del hombre; pues bien, así como el oído corporal se inclina a la boca del hombre, así el corazón del hombre se inclina al oído de Dios. Muchos, teniendo cerrada la boca, son oídos, y muchos, a pesar de sus gritos estentóreos, no lo son (*in Ps 119,9*).

30. ¿No tienes, por ventura, oídos en tu corazón? ¿De quiénes, pues, dice el Señor: *El que tenga oídos para oír, que oiga?* (Lc 8,8). ¿Por ventura no tienes tampoco ojos en el corazón? ¿De dónde dice el Apóstol: *Los ojos iluminados de vuestro corazón?* (*Eph 1,18*). Vuelve al corazón; mira allí qué es lo que tal vez sientes de Dios: allí está la imagen de Dios. En el hombre interior habita Cristo, y en el hombre interior serás renovado según la imagen de Dios (*in Ioan 18,10*).

31. Dame un corazón amante, y sentirá lo que digo. Dame un corazón que desee y tenga hambre; dame un corazón que se mire como desterrado, y que tenga sed, y que suspire por la fuente de la patria eterna; dame un corazón así, y éste se dará perfecta cuanta de lo que estoy diciendo. Mas, si hablo con un corazón que está del

todo helado, este tal no comprenderá mi lenguaje (*in Ioan 26,4*).

Orar en el templo de la mente

32. Volveos a vuestro interior, y si sois fieles, allí encontraréis a Cristo. Es Él quien os habla allí. Yo grito, pero Él enseña con su silencio más que yo hablando. Yo hablo mediante el sonido de mi palabra; Él habla interiormente infundiendo pensamientos de temor (*serm 102,2*).

33. Ninguna obra mayor, ninguna ocupación mejor hay en la tribulación como alejarse de aquel bullicio, que se halla fuera, y dirigirse al interior del aposento de la mente e invocar a Dios allí donde nadie ve al que gime y al que socorre; como cerrar la puerta de aquel recinto a toda molestia venida de fuera, como humillarse a sí mismo con la confesión de los pecados y alabar y engrandecer a Dios, que corrige y consuela; lo que de todas formas ha de procurarse hacer (*in Ps 34,s.2,3*).

34. Se nos ha mandado orar con los recintos cerrados, con cuyo nombre se significa lo interior del corazón, porque Dios no busca que se le recuerde o enseñe con nuestra locución que nos conceda lo que nosotros deseamos. Pues el que

habla, muestra exteriormente el signo de su voluntad por la articulación del sonido; y a Dios se le ha de buscar y suplicar en lo íntimo del alma racional, que es lo que se llama «hombre interior», pues ha preferido que éste fuese su templo. ¿No has leído en el Apóstol: *Ignoráis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros* (1 Cor 3,16), y *que Cristo habita en el hombre interior?* (Eph 3,16-17). ¿Y no has advertido en el Profeta: *Hablad en vuestro interior, y en vuestros lechos compungíos. Ofreced sacrificios justos, y confiad en el Señor?* (Ps 4,5-6). ¿Dónde crees que se ofrece el sacrificio de justicia, sino en el templo de la mente y en el interior del corazón? Y donde se ha de sacrificar, allí se ha de orar. Por lo cual no se necesita de locución, esto es, de palabras sonantes, cuando oramos (*de Mag 1,2*).

35. Así en la oración nos referimos a su templo, que debemos ser nosotros mismos, pues en cuanto somos, en tanto pertenecemos a su sociedad y familia de adopción (*ep 187,5,16*).

36. ¿En dónde oyó el Señor? Dentro de ti. ¿En dónde da? Dentro. Allí oras, allí eres oído, allí eres santificado. Oraste; fuiste oído, fuiste santificado, y no se da cuenta quien está junto a ti. Todo se hace en secreto, conforme dice el Señor en el Evangelio: *Entra en tu aposento, cierra*

la puerta y ora en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo oculto, te dará la recompensa (Mt 6,6). Cuando entras en tu aposento, entras en tu corazón. Bienaventurados los que se alegran cuando entran en su corazón y no encuentran allí nada malo... Luego, para que puedas volver con agrado a tu corazón, límpiale. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5,8). Arroja de allí las inmundicias de los deseos, la peste de la avaricia, la podredumbre de la superstición, los sacrilegios y los malos pensamientos, el odio, no digo contra el amigo, sino también contra el enemigo; arroja todas esas cosas, entra, entra en tu corazón, y allí te alegrarás. Cuando comiences a gozar, la misma limpieza de tu corazón te deleitará y te hará orar. Como, cuando vas a un lugar tranquilo, silencioso y limpio, oremos, dices, aquí, pues te encanta la amenidad del paraje y crees que allí te ha de oír Dios. Si te deleita la limpieza de un lugar visible, ¿por qué no te ofende la inmundicia de tu corazón? Entra en él, limpia todas las cosas, eleva los ojos a Dios, y al instante te oírás (in Ps 33,s.2,8).

37. Elevamos a Dios nuestra alma, vertiéndola sobre nosotros mismos, como lo hace en el Salmo aquél a quien se preguntaba: *¿Dónde está tu Dios? He reflexionado –dice– sobre esta pregunta y derramé mi alma sobre mí (Ps 41,4-5). Levantemos, pues, nuestra alma a Dios, no contra*

Dios, porque esto dice el Salmo: *¡He levantado, oh Dios! mi alma* (Ps 24,1). Levantémosla, pues, con su ayuda; pesa mucho. *¿Por qué pesa mucho? Porque el cuerpo corruptible oprime mucho el alma, y esta habitación terrestre deprime el alma dividida en muchos pensamientos* (Sp 9,15) (*in Ioan 23,5*).

La oración es una experiencia espiritual

38. La oración, en efecto, es algo espiritual, y, en consecuencia, tanto más agradable cuanto más responde a su naturaleza. Una acción es tanto más espiritual cuanto más alejada está del placer carnal el alma que la realiza (*serm 210,9*).

39. El cuerpo peregrina por lugares, el alma por afectos. Si amas la tierra, te alejas de Dios peregrinado; si amas a Dios, subes a Dios... No peregrina el alma corporalmente, tampoco sube con el cuerpo. *¿En dónde sube? Las subidas son el corazón el alma peregrina, sube en el corazón* (*in Ps 119,8*).

40. Las subidas del corazón, dice el Salmo, se hacen en el valle del llanto (Ps 83,6-7). El valle tiene humildad. El trabajo, pues, tiene que hacerse todo dentro de sí mismo. Y si tal vez tratas de hallar un lugar alto, un lugar santo, hazte tú mis-

mo templo de Dios; porque santo es el templo de Dios, que sois vosotros. ¿Quieres orar en el templo? Ora dentro de ti mismo. Pero antes hazte templo de Dios, porque Él escuchará desde su templo al que ora (*in Ioan 15,25*).

41. Para rogar a Dios no he de comprar algo en país extraño, ni para que me oiga Dios navegaré a fin de traer de lejos incienso y aromas; ni tampoco presentaré un becerro o carnero entresacado del rebaño. *En mí está la oración que dirigiré al Dios de mi vida* (Ps 41, 12). Dentro tengo la víctima que inmolaré, dentro tengo el incienso que ofreceré, dentro tengo el sacrificio con el que aplacaré a mi Dios, pues mi sacrificio es el espíritu afligido (*in Ps 41,17*).

42. La oración, pues, que sube pura del corazón piadoso se eleva como incienso de ara santa. Nada hay más deleitable que el olor del Señor; exhaleen este olor todos los que creen (*in Ps 140,5*).

43. Esta es la oración de todos los santos: olor de suavidad que asciende ante la presencia del Señor (*in Ps 3,9*).

44. Por eso, cuando sin buscar viene un deseo de orar, cuando de improviso hace mella en la mente algún piadoso afecto, que nos mueve a su-

plicar con gemidos inenarrables, de cualquier modo que le sorprendiere a uno, no es cosa de diferir la oración para buscar un lugar de retiro, o para ponerse en pie, o para postrarse. Porque entonces el recogimiento de la mente crea para sí una cierta soledad (*de div. quaest ad Simpl. II, q.4*).

III. NECESIDAD DE LA ORACION

La oración es una exigencia de la criatura racional. Y, aunque se fundamenta en la realidad creacional del hombre puesto que ha recibido de Dios el ser, está modificada por la situación concreta del mismo, consecuente al pecado, que agrava y enraece su condición de indigencia esencial. Lo que conduce al hombre, consciente de sus limitaciones connaturales y añadidas, a implorar la ayuda de Dios. Todos tenemos una gran necesidad de pedirle su auxilio y su gracia.

Pero ¿por qué y para qué es necesaria la oración, si ya de antemano conoce el Señor nuestras necesidades? A pesar de ello, Cristo en el Evangelio reitera una y otra vez que roguemos. La oración es necesaria para que el hombre tome conciencia de su condición y acreciente el deseo de los bienes que Dios otorga sólo a quien los pide con humildad. Asimismo, es tan necesaria como la gracia que nos obtiene. Sin la oración resulta imposible observar la ley divina y perseverar hasta el fin. Todos en absoluto necesitamos orar, porque todos somos men-

digos de Dios. «Oró Pedro, oró Pablo, oraron los restantes apóstoles, oraron los fieles de los primeros tiempos, oraron los fieles de los tiempos posteriores a ellos, oraron los mártires, oran los fieles de nuestro tiempo, y orarán los fieles de los tiempos sucesivos» (in Ps 101,s.1.3).

La oración, en definitiva, es necesaria para mantener nuestro propósito de vida cristiana en tensión de santidad. Dios concede su gracia al orante, y sin ella no es posible superar el pecado y vencer las tentaciones. Por la oración el alma se purifica y consigue el gran don de la perseverancia final, meta última de la plegaria.

Cristo nos exhorta en el Evangelio a orar

45. En las palabras del santo Evangelio, el Señor nos exhortó a orar. *Pedid –dijo– y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Pues todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama se le abrirá. O ¿quién de vosotros, siendo malos, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez le dará una serpiente? ¿O cuando le pide un huevo le dará un escorpión? Si, pues vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más dará cosas buenas a quienes se las piden vuestro Padre que está en los cielos? (Mt 7,7-11)...* Cosa admirable, hermanos: siendo nosotros malos, tenemos

un Padre bueno... para que no permanezcamos siempre en la maldad (*serm* 61,1-2).

46. Pon ahora atención a una semejanza o comparación en que, por contraste, nos exhorta a la oración. Se trata de aquel rico malvado del que habla el Señor cuando dice: *Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. Una viuda le interpelaba día a día y le decía: «Hazme justicia». Por algún tiempo él no quiso. Como ella no cesaba de interpelarlo, tuvo que hacer por fastidio lo que no quería hacer por favor (Lc 18,1-8). De esta forma, y por contraste, nos exhortó a que pidamos (*serm* 61,5).*

47. No cabe duda de que quien sabe dar buenos dones a sus hijos nos obliga a pedir, buscar y llamar (*ep* 130,8,16).

48. Lo hace, aunque sabe lo que necesitamos antes de pedirselo y puede mover nuestro ánimo. Esto puede causar extrañeza, si no entendemos que nuestro Dios y Señor no pretende que le mostremos nuestra voluntad, pues no puede desconocerla; pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar. Su don es muy grande, y nosotros somos menguados y estrechos para recibirlo. Por eso se nos dice: *Dilataos para que no forméis una pareja desigual uncidos al yugo con*

los infieles (2 Cor 6,14). Mayor capacidad tendremos para recibir ese don tan grande, que ni el ojo lo vio, porque no es color; ni el oído lo oyó, porque tampoco es sonido; ni subió al corazón del hombre, porque es el corazón el que debe subir hasta él; tanto mayor capacidad tendremos, cuanto más fielmente lo creamos, más seguramente lo esperemos y más ardientemente lo deseemos (*ep* 130,8,17).

49. Nuestro Señor Jesucristo, que con nosotros pide y con el Padre da, no nos exhortaría tan insistentemente a pedir si no quisiera dar. Avergüéncese la desidia humana: más dispuesto está Él a dar que nosotros de vernos libres de nuestras miserias. Y quede bien claro: si no nos liberan de ellas, permaneceremos siendo miserables; si nos exhorta, para nuestro bien lo hace (*serm* 105,1,1).

50. Estemos vigilantes y demos fe a quien nos exhorta; cumplamos con quien promete y alegrémonos con quien da (*serm* 105,2,2).

Dios concede sus dones a quienes los desea y pide

51. Hay algunos que no rezan o rezan sin fervor, porque saben, según dijo nuestro Señor Jesucristo, que Dios conoce perfectamente lo que nos es necesario antes de que se lo pidamos; ¿habrá

entonces que abandonar esa verdad o borrarla del Evangelio? ¡Todo lo contrario!, pues nos consta que da unas cosas sin que las pidamos, como el *initium fidei*, y otras solamente las da a los que se las piden, como la perseverancia final. Ahora que el que cree que la perseverancia es el resultado de su propio esfuerzo, naturalmente no reza para que se la den. Por consiguiente, hay que tener mucho cuidado, no sea que, temiendo que la exhortación induzca a la tibieza, se apague la oración y se encienda la presunción y la soberbia (*de dono pers* 16,39).

52. ¿Pensáis, hermanos, que no sabe Dios lo que os es necesario? Lo sabe y se adelanta a nuestros deseos, Él que conoce nuestra pobreza. Por eso, al enseñar la oración y exhortar a sus discípulos a que no hablen demasiado en la oración, les dijo: *No empleéis muchas palabras, pues sabe vuestro Padre celestial lo que os es necesario antes de que se lo pidáis* (Mt 6,7 y 8)... Si sabe nuestro Padre lo que necesitamos antes de que se lo pidamos, ¿para qué las palabras, aunque sean pocas? ¿Qué motivo hay para orar, si ya sabe nuestro Padre lo que necesitamos? Dice a alguien: «No me pidas más; sé lo que necesitas». «Si lo sabes, Señor, ¿por qué pedir? No quieres que mi súplica sea larga; más aún, quieres que sea mínima». ¿Y cómo combinarlo con lo que dice en otro lugar? El mismo que dice: *No habléis mucho*

en la oración, dice en otro lugar: *Pedid y se os dará*. Y para que no pienses que se trata de algo incidentalmente dicho, añadió: *Buscad y hallaréis*. Y para que ni siquiera esto lo consideres como dicho de paso, advierte lo que añadió, ve cómo concluyó: *Llamad y se os abrirá*. Considera, pues, lo que añadió. Quiso que pidieras para recibir; que buscaras para hallar y que llamaras para entrar.

Por tanto, si nuestro Padre sabe ya lo que necesitamos, ¿para qué pedir? ¿Para qué buscar? ¿Para qué llamar? ¿Para qué fatigarnos en pedir, buscar y llamar, para instruir a quien ya sabe? Son también palabras del Señor, dichas en otro lugar: *Conviene orar siempre y no desfallecer* (Lc 18,1). Si conviene orar siempre, ¿cómo dice: *No habléis mucho*? ¿Cómo voy a orar siempre, si me callo luego? En un lado me mandas que acabe luego, en otro me ordenas *orar siempre y no desfallecer*; ¿qué es esto? Pide, busca, llama también para entender esto. Si está oscuro, no es un desprecio, sino una ejercitación. Por tanto, hermanos, debemos exhortarnos mutuamente a la oración, tanto yo como vosotros. En medio de la multitud de los males del mundo actual no nos queda otra esperanza que llamar en la misma oración, creer y mantener fijo en el corazón que lo que tu Padre no te da es porque sabe que no te conviene. Tú sabes lo que deseas; Él sabe lo que te es provechoso (*serm 80,2*).

53. Cuando te pones a orar, necesitas piedad, no palabrería... ¿Para qué orar? Él lo sabe. Denos lo que necesitamos. Si quiso que orases es para dar sus dones a quien lo desea; para que no pareza cosa vil lo dado. Es Él mismo quien inspira tal deseo. Las palabras que nuestro Señor Jesucristo nos enseñó en la oración son la expresión de estos deseos (*serm 56,4*).

54. Dios quiere dar, pero sólo da al que pide, para no dar al que no quiere recibir. Dios no quiere ser despertado por tu importunidad, pues cuando oras no molestas al que está dormido, ya que *no dormirá ni dormitará el que guarda a Esrael* (Ps 102,4) (*in Ps 102,10*).

La oración..., medio para conseguir la gracia

55. Pidamos, pues, que nos dé Dios lo que nos manda tener. Nos manda que tengamos lo que aún no tenemos para advertirnos de lo que hemos de pedir; así, al ver que podemos cumplir lo que Él nos mandó, entendemos de dónde hemos recibido el poder; no sea que, hinchados y engreídos, ignoremos los dones que nos otorgó... Y Dios nos manda que seamos sabios y continentés, pues sin esos dones no podemos ser justos ni perfectos. Pero oremos para que el que nos amonesta con su mandato y vocación lo que debemos

querer, nos dé con su ayuda e inspiración lo que nos manda. Oremos para que nos conserve lo que ya nos dio y oremos para que supla lo que aún no nos dio. Oremos y demos gracias por lo que ya recibimos y confiemos en que hemos de recibir lo que aún no hemos recibido, pues no somos ingratos a lo ya recibido (*de bono vid* 17,21).

56. Pero aquí los adversarios se ven descubiertos en todo cuanto ellos se quieren ocultar, porque están demostrando cómo combaten contra la gracia o misericordia de Dios, que es lo que deseamos cuando decimos: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, o: No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal* (Mt 6,10 y 13). Porque ¿para qué pedimos en la oración todo esto con tanto gemido, si depende del hombre, que quiere y que corre, y no *de Dios, que tiene misericordia?* (Rom 9,16). No porque esto se cumpla sin nuestra voluntad, sino porque la voluntad no cumple lo que se propone sin la ayuda divina. Esta es la fe sana, que nos hace orar: buscar para encontrar; pedir para recibir; llamar para que nos abran. El que se rebela contra ella cierra contra sí mismo la puerta de la misericordia divina (*de perfect iust hom* 19,40).

57. Me obligan a hacer esas advertencias ciertos tratadillos vitandos y detestandos que por los oídos han empezado a deslizarse en el alma de

muchos. Sus autores, hay que decirlo con lágrimas en los ojos, enemigos de la gracia de Cristo, pretenden persuadirnos que no es necesaria la oración para no caer en la tentación. Quieren exaltar la libertad humana tanto, que con ella podemos cumplir lo que nos manda Dios, aunque Él no nos ayude con su gracia. De donde se sigue que en vano dijo el Señor: *Vigilad y orad para no caer en tentación* (Mt 26,41). Si depende de nuestra facultad el no ser superados por la tentación, ¿por qué hemos de orar para no caer en ella? (*de bono vid 17,21*).

58. Luego, si el hombre desea tener lo que Dios manda, ha de rogar a Dios que le dé lo que Él manda (*in Ps 118, s.4,2*).

59. *Abrió mi boca, y aspiré, porque deseaba tus mandamientos* (Ps 118,131). ¿Qué deseaba? Cumplir los mandamientos divinos. Pero, no pudiendo hacer cosas fuertes el débil, ni grandes el pequeño, abrió su boca, confesando que él por sí mismo no las haría, y aspiró para hacerlas. Abrió su boca pidiendo, buscando, llamando, y, sediento, bebió el Espíritu bueno para cumplir el mandamiento santo, justo y bueno, que no podía cumplir por sí mismo. Si nosotros, siendo malos, damos cosas buenas a nuestros hijos, ¿cuánto más nuestro Padre, que está en los cielos, dará el espíritu bueno a los que se lo piden? Pues no son hi-